

LIBRO SÉTIMO.

Sesion del Senado del dia 2 de abril.—Declaracion de destitucion.—Sesion del Senado del 3 de abril.—Testo del decreto de destitucion.—Adhesion del Cuerpo legislativo.—Manifestaciones de Paris contra el emperador.—Ministerio.—Progresos de la opinion.—Adhesion de los demas cuerpos constituidos.—Manifiesto del gobierno provisional.—Situacion del emperador y de los aliados.—Napoleon en Fontainebleau.—Regreso de Caulaincourt á Fontainebleau la noche del 2 de abril.—Proclama de Napoleon á su guardia el 3 de abril.—Orden del dia para la marcha del ejército sobre Paris.—Oposicion de los mariscales.—Entrevista de Napoleon y de Marmont.—Adhesion de Marmont á la destitucion del emperador.—Carta de Marmont al principe de Schwartzberg.—Respuesta del principe de Schwartzberg.

I.

Aquella imprecacion de la corporacion municipal de Paris contra el que ya llamaban enemigo público, dió un impulso decisivo á la opinion hasta entonces muda en Paris y en los departamentos. Cuando Paris hablaba tan alto, ¿quién podia callar? Fué un eco que resonó en la Francia entera. La indignacion y el insulto se elevaron á tanta altura como el servilismo y la adulacion. Roma, en tiempo de las elevaciones y degradaciones súbitas de sus emperadores, no ofreció semejante ejemplo ni escándalo de ultrages despues de su humillacion. Los ánimos

mas rebeldes á la tiranía napoleónica, pero los mas generosos porque habian sido los mas firmes, se regocijaron con aquella venganza de la libertad, pero se ruborizaron de la impudente apostasía del pueblo.

Mr. de Talleyrand deseaba aquella esplosion, pero la queria mas lenta y tardia. Se afligió con sus confidentes de aquel rompimiento que podia permitir á las potencias pasarse sin el Senado y aun sin él mismo. Estipulaba con Luis XVIII, y con Alejandro en nombre de la opinion, y hablando esta tan alto, se le anticipaba. Revelaba á los Borbones y á los aliados una fuerza de desafeccion contra el imperio, y una tendencia natural á la Restauracion, que quitaba todo precio á sus servicios, y el mérito á sus negociaciones. Le subordinaba á los realistas á quienes bien queria servir, pero á los que sirviéndolos queria dominarlos. Vióse, pues, precisado á instar al Senado para que declarase la destitucion del emperador, que esperaba tener suspensa é indecisa como una amenaza y como una esperanza que podia vender á los dos partidos.

II.

El Senado corria por su mandato al palacio de sus sesiones.

Los antiguos republicanos, á falta de realistas, á quienes Napoleon habia tenido mas cuidado de escluir del Senado, se apresuraron á recuperar, aunque no fuese mas que por una hora, una sombra de soberanía nacional para abatir á sus pies la tiranía. Justa espiancion del 18 brumario, vengado al menos en una asamblea representativa, pero una asamblea cuyas puertas estaban protegidas por el extranjero. Mr. Lambrechts fué el primero que usó de la palabra. Lambrechts era un republicano belga, que habia recibido á los franceses en Bélgica

BIBLIOTECAS
MUSEO DE LA HISTORIA
NACIONAL

como al ejército de la filosofía y de la libertad. Ministro en tiempo del Directorio, había combatido con energía la molición de aquel gobierno, que se iba deslizándose por la pendiente de las ideas monárquicas. Había votado contra el imperio sin ocultar su mano. Sin embargo, el aprecio de la Bélgica, á la que Napoleón quería lisonjear, le había elevado al Senado. Debía morir como había vivido, acusando hasta su último suspiro la causa de su muerte: «La vergüenza de haber visto tantas cobardías.»

Lambrechts era el amigo político de Lanjuinais, la más pura y obstinada de las almas republicanas en el Senado: de Tracy, de Gregoire y de Garat, nombre mal colocado en un Senado monárquico, después de haber presidido el suplicio de un rey. Barthelemy, sobrino de un escritor filósofo, que había cerrado el siglo XVIII, con el *Viaje de Anacarsis*, en la antigüedad republicana, presidía la sesión. Barthelemy, hombre inofensivo, atractivo por sus costumbres, é irreprochable en lo pasado, había sido el único negociador monárquico, cuyos talentos empleó la república. Sus misiones en Suiza ó en las conferencias para la paz de Basilea, le habían dejado en relaciones íntimas con la emigración. El aprecio de todos los partidos le llevó al Directorio, y la elección de Napoleón, al Senado. Era uno de esos hombres con que todos los partidos se honran, y cuya autoridad se complacen en reconocer, cuando piensan con calma. Daba aquel día al Senado la apariencia de la imparcialidad y del patriotismo.

III.

Lambrechts propuso al Senado un senado-consulta concebido en estos términos: «El Senado declara á Na-

poleón Bonaparte y á su familia destituidos del trono: absuelve al pueblo y al ejército de su juramento de fidelidad.» Aquel senado-consulta fué votado sin una sola protesta. Los miembros del Senado más adictos á Napoleón, solo protestaron con su ausencia: otros se retiraron taciturnos y avergonzados después de haber votado: acababan de rescatar su dignidad por medio de una cobardía. Aun cuando hubiesen estado convencidos de la necesidad de deponer á su creador, se debían á sí mismos el ejecutarlo con plena libertad. Votaban la destitución de un amo, á una señal de otros amos, y dominados por su espada. La revolución tuvo días más nefastos, pero no los tuvo tan ignominiosos.

IV.

Pero la forma en que aquel Senado abyecto votó su propia degradación en la del emperador escendió á la abyección del acto mismo. El Senado redactó por su mano los motivos que le decidían á repudiar el imperio. Lambrechts fué el encargado de reunirlos en una acta de acusación, de la que cada palabra echaba en cara á los senadores su sufrido servilismo.

En manos de Lambrechts y de los republicanos del Senado, aquellos testos de acusación eran legítimos. Era el talion de la libertad. Pero en boca de los desertores de toda libertad, y de los cómplices de la opresión, aquellas quejas no eran más que los crímenes de la adversidad rechazados por los cobardes sobre el vencido, para descargar de ellos sus vidas.

V.

Decían: «El Senado conservador, considerando que en una monarquía constitucional, el monarca solo existe en virtud de la Constitución y del pacto social:

«Que Napoleon Bonaparte, durante algun tiempo de un gobierno firme y prudente, habia dado á la nacion motivos para contar en lo porvenir con actos de sabiduria y de justicia, pero que en seguida ha roto el pacto que le unia al pueblo francés, especialmente levantando impuestos y estableciendo contribuciones, sin la formalidad prevenida por la ley, contra el tenor espreso del juramento que prestó á su advenimiento al trono, conforme al artículo 53 del acta de las constituciones de 28 floreal año XII.

«Que ha cometido ese atentado contra los derechos del pueblo, precisamente cuando acababa de prorogar sin necesidad el cuerpo legislativo, y de hacer suprimir como criminal un dictámen de aquel cuerpo, al que negaba su título y su parte en la representacion nacional:

«Que ha emprendido una série de guerras, con violacion del artículo 50 del acta de las constituciones de 22 frimario año VIII, que exige que la declaracion de guerra sea preparada, discutida, decretada y promulgada como una ley:

«Que ha espedido inconstitucionalmente muchos decretos imponiendo la pena de muerte, especialmente las dos de 3 de marzo último, tendiendo á hacer nacional una guerra, que solo era motivada por satisfacer su ambicion desmesurada:

«Que ha violado la leyes constitucionales con sus decretos sobre las prisiones de Estado:

«Que ha reducido á la nada la responsabilidad de los ministros, confundido todos los poderes, y destruido la independencia de los cuerpos judiciales:

«Considerando que la libertad de imprenta, establecida y consagrada como uno de los derechos de la nacion ha estado constantemente sometida á la censura arbitraria de su policia, y que al mismo tiempo se ha servido de la prensa para llenar á la Francia y á la Europa de hechos inventados, máximas falsas, doctrinas favorables

al despotismo, y de ultrages contra los gobiernos estrangeros:

«Que algunas actas y dictámenes del Senado han sufrido alteraciones al tiempo de su publicacion:

«Considerando que en vez de reinar con la única mira del interés, de la felicidad y la gloria del pueblo francés, segun los términos de su juramento, Napoleon ha llevado hasta el colmo los males de la patria:

«Por su negativa á tratar con condiciones que el interés nacional le obligaba á aceptar, y que no comprometian el honor francés:

«Por el abuso que ha hecho de todos los medios que se le han confiado en hombres y en dinero:

«Por dejar abandonados á los heridos sin curarlos, sin socorros y sin subsistencias:

«Por diferentes medidas cuyas consecuencias eran la ruina de las ciudades, la despoblacion de los campos, el hambre y las enfermedades contagiosas:

«Considerando que por todas estas causas, el gobierno imperial establecido por el senado-consulta de 28 floreal, año XII, ha cesado de existir, y que el voto manifiesto de todos los franceses, exige un orden de cosas cuyo primer resultado sea el restablecimiento de la paz general, y que sea tambien la época de una reconciliacion solemne entre todos los estados de la gran familia europea:

«El Senado declara y decreta lo siguiente:

«Napoleon Bonaparte queda destituido del trono, y abolido el derecho de herencia establecido en su familia.

«El pueblo francés y el ejército quedan absueltos del juramento de fidelidad prestado á Napoleon Bonaparte.»

La opinion pública, antes que el Senado, había ya formulado aquellas maldiciones contra la tiranía: reconocia en todo el mundo, menos en el Senado, el derecho de proferirlas. Se aprovechó de la abyeccion de aquel cuerpo, pero le despreció. En toda la Francia se elevó un murmullo unánime de indignacion contra unos senadores que añadian á su facilidad en prosternarse ante el Imperio, la complacencia de sus insultos contra el hombre que habian divinizado. El poco aprecio que inspiraba el Senado, desapareció: ya no se oyó mas que un grito contra su pretension de servir de órgano á la patria, y de perpetuar su autoridad por medio de la bajeza. Mr. de Talleyrand y sus confidentes conocieron que se les habian anticipado: la Francia se les escapaba de entre las manos: queria que hablasen por ella voces mas independientes. Un corto número de miembros del Cuerpo legislativo, acudieron espontáneamente á París, se reunieron y sin deliberacion ni anuncio alguno previo de nuevos crímenes, votaron la abolicion del reinado de Napoleon Bonaparte y de su familia. El crimen estaba á sus pies: era la Francia enmudecida por la esclavitud, estenuada por la falta de su sangre, conquistada y poseida por el extranjero. La Francia oyó con mas dignidad y aceptacion la voz justa y breve de sus legisladores, y contestó á ella con el grito casi unánime de *Abajo el tirano*. Este grito produjo en París escenas degradantes para la dignidad de un pueblo. Las pasiones realistas procuraron escitar las pasiones populares, para arrastrarlas á saturnales contra las imágenes del reinado caído. Mujeres jóvenes, hermosas, de alta posicion social, se prestaron á indignas ovaciones á la victoria contra su patria. Presentáronse en los paseos á pie y á caballo ofreciendo flores

á los bárbaros.... Hombres de nombres ilustres trataron de mutilar los emblemas en que el emperador habia asociado su nombre al recuerdo de los triunfos de la Francia. Uno de ellos ató la estrella de la legion de honor á la cola de su caballo. Otros rodearon cuerdas á la estatua de Napoleon colocada sobre su columna de bronce conquistado y se esforzaron en derrribarla aunque infructuosamente. Mas tarde se avergonzaron, no de su rencor, sino de aquellas demostraciones que confundian el odio á la tiranía con los insultos á la gloria militar de la patria. Sin embargo, en aquellos tumultos no se derramó ni una gota de sangre. Los realistas y los republicanos solo protestaron contra la dinastía del Imperio, con la alegría de repelerla.

VII.

El gobierno provisional nombró un ministerio temporal como el. Sus nombramientos, escepto uno, fueron hábiles y populares. Mr. Henrion de Pausey, esplendor y honra de la magistratura francesa, fué electo ministro de la Justicia. Esto era indicar que se administraria rectamente sin complacencias ni venganzas. Anciano que habia atravesado tres reinados y el terror, sin complicidad y sin debilidad, Henrion de Pausey, tenia los recuerdos borbónicos y la inteligencia de la Revolucion. Nadie mas propio que aquel hombre apacible, firme é inalterable para representar á la ley y reconciliar el antiguo trono con el nuevo suelo.

Mr. Malouet, antiguo miembro de las asambleas, tanto mas fiel á las opiniones constitucionales, cuanto que en él habian sido mas meditadas y moderadas, recibió la cartera de marina. Regresaba del destierro, fiel á los Borbones, pero sin reclamaciones ni compromisos con los amigos exagerados de aquella córte, bastante adicto á

Luis XVIII para serie aceptable, y bastante independiente para colocar sus consejos entre la corte de la emigracion y él. El abate Luis, satélite de Mr. de Talleyrand desde el principio de la revolucion, hombre de la escuela de Mirabeau y de Raynal, iniciado en las cuestiones de crédito público, de industria y de comercio, prudente en los negocios, resuelto y apasionado en los consejos políticos, encarnizado por teoría contra Napoleon y su régimen, obtuvo el ministerio de Hacienda, y la mejoró.

Mr. Inglés, hombre nuevo, formado en la escuela administrativa del Imperio, fué nombrado ministro de la policía. Desconocido para la opinion ni la comunicaba recelos ni color.

Mr. de Beugnot, uno de esos hombres de circunstancias y de recursos que todo lo encuentran á la mano, fué llamado al ministerio de lo Interior. Diputado en la asamblea legislativa de 1791, defensor intrépido del rey y de la constitucion contra los jacobinos, proscripto por ellos durante su dominacion, unido al imperio por reconocimiento y por funciones que hubieran comprometido en aquella causa á un carácter menos lijero, hombre de una flexibilidad que le hacia capaz de igualar á la carrera todos los acontecimientos, de una erudicion ática, de conversacion deslumbradora, y de buen corazon, aunque muy deseoso de agradar, Mr. Beugnot gustaba á Mr. de Talleyrand por su docilidad; y debia tambien simpatizar con el futuro gobierno por su complacencia. Era una tradicion del Imperio, útil para la ignorancia de los emigrados, y agradable para una dinastía antigua, pero nueva en los negocios.

Mr. de Laforet, antiguo diplomático de Napoleon en los Estados Unidos, en Viena y en España, manejado en todas aquellas misiones por Mr. de Talleyrand, recibió la cartera de Negocios Estrangeros. La diplomacia de la Francia invadida, no le dejó mas actitud que la de la

espectativa. Aguardaba á Mr. de Talleyrand y le indicaba á Luis XVIII.

Por último el ministerio de la Guerra se confió al general Dupont. Este general valiente y capaz, pero desgraciado, no tenia mas título para un puesto tan importante en la decadencia é indecision del ejército, que su resentimiento contra el emperador. Acababa de salir de una prision de Estado: se lavaba de una mancha militar para encargarse de la direccion del ejército y de su honor que era lo que quedaba. El general Dupont, soldado é hijo de soldado, se habia distinguido cuando jóven en las guerras de la república, se engrandeció en las del imperio, y era uno de los primeros que marchaban por las huellas de los que sus servicios y su gloria conducian al rango de mariscales de Napoleon. En un dia lo perdió todo. Cercado en España por las tropas y por las milicias del pais, dió el primer ejemplo de un ejército que capitulaba en vez de vencer: Bailen enseñó á Napoleon que no solo podia ser vencido, sino humillado. Prefirió, pues, acusar de traicion ó de cobardia á su teniente. Dupont no habia sido traidor ni cobarde, sino muy inferior al acontecimiento. Acusado al regresar á Francia, Dupont aguardaba el fallo del juicio que habia ido á arrostrar, cuando Mr. de Talleyrand, buscando entre los generales del emperador un enemigo irreconciliable suyo, llamó á Dupont. El ejército murmuró de una eleccion que le parecia una venganza ó una ofensa. El nombre del general Dupont, llegó á ser una recriminacion amarga de los bonapartistas contra los Borbones. Les parecia que la emigracion y la defeccion se unian contra ellos en un solo nombre. Aquel cargo era injusto, pero bastaba que fuese posible para que Mr. de Talleyrand le hubiera evitado al gobierno de Luis XVIII. El resentimiento le ofuscó. No buscaba servicios sino rencores: se equivocó. El nombre del general Dupont fué una prenda para el regreso de la isla de Elba.

Sin embargo, el movimiento de opinion que Mr. de Talleyrand queria simultaneamente provocar y contener, lo arrastraba todo en pos de sí, y hasta á el mismo gobierno. No se contiene una ruina á medias. No se infunde á un pueblo la paciencia de la diplomacia, cuando se hunde la tiranía que le oprimia, y se precipita en un gobierno nuevo. Mr. de Talleyrand lo aprendió por primera vez: en el corto intervalo de algunos meses, debia aprenderlo tambien otras varias. Habia desencadenado la esperanza, la pasion mas delirante de los pueblos. Bien pronto iba á dejarle atrás sino se decidia á seguirle. Hombre que nada tenia que negar al tiempo, Mr. de Talleyrand se dejó vencer y llevar á la Restauracion con tanta presteza y tan lejos como la opinion lo exigia, comenzó á no tomarse interes por el Senado. Ya habia conseguido de él lo que queria: ingratitud para unos, insurreccion para otros, la destitucion para todos. Dejó á los demas cuerpos constituidos del Estado, que manifestasen libremente y á porfia su defeccion. Aquellos cuerpos rivalizaron con el consejo municipal en insultos á lo pasado, y en prosternacion para con el porvenir. Cada hora se vió brotar una defeccion, una acusacion, un ultrage al gobierno rechazado. Cada corporacion y cada personaje parecia que se apresuraban á ostentar su ingratitud, y á dar por la energía de sus injurias una prenda contra la vuelta de la servidumbre. El mismo gobierno provisional conoció que si no tomaba la palabra, no corresponderia á aquel entusiasmo de odio. Con estas palabras concitó al ejército y á las poblaciones á que se pronunciasen contra Napoleon.

«La Francia acaba de sacudir el yugo bajo el cual ha gemido con vosotros ya hace tantos años. Solo habeis combatido por la patria: si seguís las banderas del hombre que os conduce, peleareis contra ella. Mirad quanto habeis sufrido con su tiranía: antes erais un millon de soldados, ¡casi todos han perecido!.... La paz está en vuestras manos; ¿la negareis á la Francia desconsolada?... ¿á la Francia que os llama y que os suplica?... Os habla por su Senado, por su capital, por sus desgracias. Sois sus mas nobles hijos y no podeis pertenecer al que la ha asolado, y la ha entregado sin medios de defensa. Ya no sois los soldados de Napoleon: el Senado y la Francia entera os eximen de vuestros juramentos.»

Decia á la Francia:

«Al salir de las discordias civiles habíamos elegido por gefe á un hombre que aparecia en la escena del mundo con los caracteres de la grandeza. Ciframos en él todas nuestras esperanzas, y han sido defraudadas. No ha sabido reinar conforme al interés nacional, ni tampoco como convenia á su despotismo. ¡Solo creia en la fuerza, y ella le abruma en el dia; justa recompensa de una ambicion insensata!... Por fin, esa tiranía ha cesado: las potencias aliadas acaban de entrar en la capital de la Francia: vienen á reconciliar con la Europa á un pueblo valiente y desgraciado.»

«¡Franceses!... El Senado ha declarado á Napoleon destituido del trono: la patria no está ya con él. Solo otro orden de cosas puede salvarla. Hemos conocido los excesos de la licencia popular y del poder absoluto: res-tablezcamos la antigua monarquía, poniendo límites con leyes sábias á los diversos poderes que la componen.»

«Que al abrigo de un trono paternal vuelva á flore-

cer la aniquilada agrícola... ¡que el comercio, lleno de trabas, recobre su libertad, que la juventud no sea arrancada del hogar paterno para empuñar las armas antes de tener fuerza para llevarlas: que el orden no sea interrumpido en la nación, y que el anciano pueda esperar el morir entre sus hijos;... ¡Franceses!... unámonos: la paz va á poner término á los trastornos de la Europa. La Francia descansará y se repondrá de sus largas agitaciones, y aleccionada por la doble prueba de la anarquía y del despotismo, encontrará la felicidad en un gobierno tutelar.»

X.

Los aliados inquietos, instaban á la Francia para que completase por sí misma su obra. Mr. de Talleyrand comenzaba á parecerles demasiado lento y mesurado en sus actos. Ninguna victoria podía tranquilizarles completamente mientras el emperador estuviese en pie. Tampoco el se conformaba con la suerte.

Sin duda alguna, la ocupacion de su capital por los ejércitos de la coalicion, la fuga de la regencia que no encontraba en su tránsito mas que aislamiento y compasion, el abandono del Senado, la formacion de un gobierno provisional, el anuncio de la proxima llegada de los Borbones, la adhesion de un gran número de poblaciones y corporaciones constituidas á la destitucion, la revolucion borbónica completamente efectuada en Burdeos, el cansancio de sus generales, que parecia no aguardaban mas que una palabra suya para relevarles de la fidelidad á sus aguilas; todos aquellos desastres, todos aquellos síntomas, todos aquellos insultos del destino le dejaban muy pocas esperanzas de levantarse y salir de su abatimiento en Fontainebleau. Pero todavía podia encontrar en la desesperacion una de esas resoluciones supremas, que ha-

cen variar el desenlace de las cosas humanas, y que son la última palabra de los almas grandes. En ningun período de aquella larga campaña se habia encontrado quizá militarmente en una actitud tan amenazadora para sus enemigos: lo conocia muy bien.

XI.

El emperador de Rusia, el rey de Prusia, y el príncipe de Schwartzberg, habian obrado mas bien como hombres políticos que como tácticos, al precipitarse sobre París, mientras que un general como Napoleón, maniobrase todavía á su espalda y por sus flancos. Mr. de Viotrolles y los agentes realistas que les habian dado aquel consejo atrevido, habian respondido temerariamente del resultado. Pero si París hubiese estado menos enervado y sido mas afecto al Imperio, de lo que sus apasionados consejeros les habian pintado, la situacion de los aliados dentro de sus muros habria sido peor que la de el emperador en Fontainebleau. Aquellos príncipes y aquellos gefes, para ocupar y contener tan grande capital, se habian visto obligados á concentrar todas sus fuerzas. Un murmullo de vergüenza ó de cólera en aquella numerosa poblacion, un insulto de los Borbones á sus aguerridos habitantes, un conflicto entre los soldados y el pueblo, una gota de sangre francesa derramada en sus calles, un cañonazo del ejército francés que se oyese resonar desde afuera, podian convertir á Paris en el lazo, la prision ó el sepulcro de los ejércitos estrangeros. Ayudado Napoleón, solo por algunas horas, por la sublevacion de la capital, y por la insurreccion patriótica de las ciudades, pueblos y aldeas en los caminos que formaban su línea de retirada, podia lanzar sesenta mil hombres concentrados, descansados, ó irritados, en las calles de su capital, reconquistarla en un dia y sepultar en ella á sus vencedores. Todas las tropas de Mortier y de Marmont estaban á

ocho leguas de París, de vanguardia á las dos orillas del Essonne, entre Fontainebleau y París. El ejército de Napoleón había atravesado en seguimiento de los enemigos las llanuras de la Champaña, contaba cuarenta mil combatientes, y aquella guardia imperial que valia por un ejército. Aquellos sesenta mil hombres reunidos al pie de los muros de Fontainebleau, endurecidos por la adversidad, indiferentes al fuego, que despreciaban el número, llenos de confianza en sí mismos, y de fanatismo por su emperador, pedían á voces marchar sobre París, la venganza y el combate. Napoleón se presentaba todos los días á sus tropas en el patio del palacio, leía su pensamiento en sus semblantes, acogía en su corazón sus aclamaciones, y cruzaban por su mente noche y día pensamientos semejantes á los que fueron el fundamento de su grandeza. Al verse todavía tan amado de sus soldados, no podía creerse tan aborrecido del pueblo. La patria le parecía que aun se reasumía y palpitaba en él: soñaba su resurrección en la de la Francia.

XII.

Pero le era desconocido el poder de la opinión que tanto había despreciado, ultrajado, y perseguido. Entre el ejército y la patria, había creado un abismo de opinión. La patria, cuyo nombre había hecho olvidar por tanto tiempo absorbiéndole en el suyo, había llegado hasta tal punto de resentimiento contra él, que de todos sus enemigos, era quizá al que más temía. Abandonada y despreciada por él, su vuelta más bien la parecía una esclavitud, que libertad. A fuerza de doblegarle había roto en las almas el resorte del patriotismo. La opinión de la Francia era el más temible de los ejércitos de la coalición del mundo contra él. Lo conocía sin poderlo espli-

car. Se asombraba de no tomar resoluciones energicas á vista de sus tropas, al contar sus soldados y al oír el grito de sus batallones. Quería marchar: cada noche daba órdenes para el movimiento decisivo del día siguiente, y luego las revocaba, se agitaba y quedaba inmóvil. Sentía desmayar su resolución y su voluntad é ignoraba la causa. El peso de la opinión le abrumaba.

XIII.

Mr. de Talleyrand, los realistas que cada vez le rodeaban más y más, y aun los republicanos unidos en aquel momento á los realistas por la mancomunidad de odio, los diplomáticos, los generales extranjeros, el Senado, el Cuerpo legislativo, los gefes de la guardia nacional, y en fin los ciudadanos opulentos que temblaban por su ciudad, se estremecían del peligro que corría París si el emperador seguía los consejos de la estremitad y de la desesperación. Influxionaban con toda la energía de una capital alarmada en el ánimo de los mariscales y generales de Napoleón. Por medio de sus amigos, de sus mugeres, de sus familias, por el interés sagrado de la patria, por el interés mismo de su porvenir y de su fortuna, se esforzaban en irlos desprendiendo uno á uno de Napoleón. Mostrábanles la capital incendiada en la lucha, sacrificados sus parientes, saqueadas sus casas, maldecidos sus nombres, y su responsabilidad escrita con letras de sangre si preferían un hombre á la patria, y si por servir á los últimos favores de la ambición de un proscripto del mundo, hacían traición al juramento de los juramentos, al que todo ciudadano presta al nacer á sus conciudadanos. Napoleón ya no era á sus ojos y á los de la Francia casi entera, más que un hombre frenético á quien era preciso quitar las armas de la mano, para que no las emplease en un parricidio.

Una opinion tan unánime, tan íntima, tan apasionada y tan patriótica en sus términos, manifestada en todas partes y á todas horas por boca de los amigos, de los padres, de las esposas y de los conciudadanos, no podia dejar de persuadir á generales, á quienes los reveses y el cansancio tenian ya convencidos. Ya no luchaban mas que por el honor de la patria y por no cubrirse con la ignominia del abandono. El camino espedito entre sus cuerpos de ejército y las puertas de París, la necesidad de volver á ver sus familias despues de largas campañas y de conferenciar con el gobierno provisional y con los generales aliados para la demarcacion de límites y para las condiciones del armisticio, les suministraban continuos pretestos para marchar á París. Habia una negociacion continua y secreta entre la capital y el ejército, negociacion independiente de la que el mismo emperador continuaba con Alejandro por medio de Caulaincourt y de sus mariscales. Una situacion tan apremiante no podia menos de romperse por cualquiera casualidad. Esta se hallaba en el corazon de uno de los compañeros de armas mas antiguos de Napoleon, fluctuando entre la desesperacion de dar los últimos golpes, y segun él golpes inútiles á la patria, y el sentimiento de que se creyese abandonaba á su jefe y bienhechor. Marmont tomó uno de esos partidos mistos que solo salvan la conciencia contaminando la fidelidad. La capitulacion de París, medida de prudencia bajo una apariencia de traicion, habia ya comprometido á Marmont.

XIV.

Aunque aquel mariscal habia combatido el último y buscado la muerte en los arrabales de París, algunos de sus tenientes y de sus soldados, irritados de ceder la ca-

pital del imperio por un armisticio, prorumpieron contra él en el grito de traicion al replegarse al Essonne. El general Chastel, que mandaba una parte de su caballeria, combatiente intrépido, pero obeccado por un fanatismo soldadesco, apostrofó á Marmont con el epíteto de traidor. Marmont, cuya sangre habia lavado aquel dia el honor, respondió á aquel insulto amenazando al general Chastel con sujetarle á un juicio en cuanto el ejército no estuviese al frente del enemigo. Despues de aquella capitulacion, de la retirada y de las injustas sospechas de sus oficiales y soldados, Marmont, aunque sin haber incurrido en falta y sin remordimientos, no dejaba de hallarse embarazado con el ejército y con el emperador. El infortunio hace injustos. Napoleon podia hacerle cargo de no haber reservado á su fortuna las pocas horas que pedia de defensa para llegar antes que Alejandro á París. Aquel mariscal, ocupado con su cuerpo de ejército en Essonne, no se habia presentado aun á Napoleon en Fontainebleau. Sin duda temia una reprension en su mirada. Corrian los dias llevándose en pós de sí las resoluciones é irresoluciones del emperador. Cada uno de aquellos dias se llevaba tambien uno de los escrúpulos de fidelidad de sus generales.

XV.

Ya hemos visto que Mr. de Caulaincourt, enviado sin cesar desde Fontainebleau á París y desde París á Fontainebleau, no habia conseguido su intento de hacer, primero, que entrasen en transacciones con Napoleon, y luego, que se reconociese la regencia. La dinastía estaba ya excluida. No quedaba, pues, mas que la persona del emperador y la suerte que le reservasen, intermedia entre el trono y la destitucion completa. Caulaincourt habia

vuelto la noche del 2 á Fontainebleau, á referir á su amo aquellos tristes decretos de la victoria. Napoleon que hasta entonces habia conservado la esperanza, se indignó contra semejantes determinaciones. Aguardó que rayase el alba, reunió sus tropas en los patios y jardines del palacio, montó á caballo rodeado de sus mariscales y ayudantes de campo, y poniéndose al frente de los batallones de su guardia leyó con voz irritada y sonora una proclama que acababa de escribir para sondear su resolucion.

«Soldados, el enemigo nos ha anticipado tres marchas y se ha apoderado de París. Es preciso arrojarle de él. Franceses indignos, emigrados á quienes hemos perdonado, han enarbolado la bandera blanca y se han unido á nuestros enemigos ¡Cobardes!... ya recibirán el premio de este nuevo atentado. ¡Juremos vencer ó morir! ¡Juremos hacer respetar esa escarapela tricolor que hace veinte años marcha por el camino de la gloria y del honor!»

XVI.

La voz de su emperador resonó en el corazon de los batallones y escuadrones. Cierta agitacion se esparció por las filas, moviéronse los sables, los semblantes palidieron, temblaron los lábios y contestaron con largas y sordas aclamaciones, como el mugido de la cólera que comienza á hervir en el pecho. «¡A París!... ¡A París!... gritaban los soldados, que nos lleve allí nuestro emperador.» Sus ojos parecian devorar de antemano la corta distancia que los separaba de los enemigos, y que sus sables barrian las calles de la capital restituida á la patria y á su emperador. Napoleon, mirando á sus mariscales y generales agrupados en derredor suyo, parecia, al mostrarles aquel entusiasmo inestinguible de la guer-

ra, escitado por su presencia en el alma de sus soldados, reprimirles su cansancio y los síntomas de defeccion en algunos gefes. No dudando ya del arrojo con que le seguirian sus soldados, volvió á entrar en el palacio, acompañado hasta lo interior de sus habitaciones por aquel eco prolongado de fidelidad y adhesion de las tropas. Se paseó largo tiempo solo por su gabinete con paso entrecortado, haciendo señas con la mano y actitudes de reflexion y de arrebató que revelaban que su alma luchaba con un gran proyecto. Luego se sentó, tomó la pluma y escribió la orden de que el ejército rompiese al día siguiente el movimiento sobre París, y que el cuartel general se trasladase desde Fontainebleau á Essonne. Era la señal de la batalla al pie de los muros de París, en la cual queria perder la vida ó reconquistar lo perdido.

XVII.

Aquella resolucion se trasladó por la noche en palacio é hizo estremecer al ejército de venganza y de alegría. Los gefes temblaron por París, por la Francia y por su propio porvenir. Ninguno de ellos tenia los mismos motivos que Napoleon para esponer el fruto de toda su vida y la responsabilidad de su nombre en un golpe desesperado. Caido el Imperio, les quedaba su nombradía, sus grados, sus riquezas, su nobleza, la certidumbre de ser buscados, honrados y respetados por todo gobierno, que tuviese en algo la gloria y los servicios hechos á la patria. Ninguno queria manchar su nombre con una traicion, pero tampoco queria ninguno secundar lo que ellos llamaban una locura. Les convenia pues impedir á toda costa el que el emperador pusiese su fidelidad á tan dura prueba, y que se diese una última batalla, en la que seguirle seria una temeridad, y abandonarle una cobardia.

XVIII.

Apenas los gefes del ejército supieron la resolución del emperador, cuando el mismo sentimiento suscitó en ellos el mismo murmullo, y se buscaron por el instinto de un pensamiento comun, para preguntarse unos á otros acerca de sus impresiones, y para cohonestar una resistencia, convenir en unas objeciones y consejos que hiciesen vacilar el ánimo del emperador. En el mismo palacio fué donde los mariscales y los gefes de los cuerpos se reunieron y encontraron con el mismo espíritu de oposicion, al plan desesperado de Napoleon. Aquella oposicion, por tan largo tiempo encubierta con las fórmulas de la adhesion y la prontitud de la obediencia, estallaba por fin en sus gestos, en sus miradas y en sus exclamaciones. Un pretesto honroso mitigaba, á su modo de ver, la dureza é inconveniencia de aquel paso. Aquel pretesto era el interés del ejército de que se titulaban representantes naturales, y por el que comenzaban á negociar sin mandato, con el gobierno provisional, por medio de persona de su confianza. Ninguno de aquellos guerreros dudaba que Napoleon habia concluido y que iba á comenzar un nuevo reinado. La disciplina militar, quitando al hombre de los campamentos el ejercicio de su propia voluntad, le quita, mas que en ninguna otra profesion, la energía de carácter en las vicisitudes de los acontecimientos. Al paso que les comunica la intrepidez personal, les priva de la constancia cívica. Nada se doblega tanto ni tan pronto al viento de las revoluciones, como los generales. Siguen la noble profesion de las armas, pero la ejercen con toda clase de amos. Pasan de una corte á otra, de un imperio á una monarquía, y de esta á una república, no como cortesanos, sino como servidores, espada de todos filos que se presta ó se da á

el último que ciñe la corona. En sus filas debe buscarse el heroísmo del valor, pero jamás el heroísmo de la independencia.

XIX.

Habituado Mr. de Talleyrand á tantos gobiernos y revoluciones palaciegas, habia calculado por la complacencia que aquellos hombres tenian con Napoleon en la prosperidad, la facilidad con que le abandonarían en su caída. Asi pues hacia que el general Dupont y sus agentes de confianza, los sondeasen, interrogasen, y casi que entrasen en convenio con ellos. Mostrábales á Napoleon condenado ya en los consejos de la Europa, y rechazado de la Francia: les preguntaba si el ejército despues de haberle sacrificado tanta sangre, debia sacrificarse tambien sobre su tumba hasta el suicidio. Haciales vislumbrar el reconocimiento del futuro soberano que recompensaria los servicios prestados á la Francia, ó que proscibiria en ellos á los verdugos é incendiarios de su capital.

Aquellas insinuaciones tenian acceso en sus corazones ulcerados por los reveses, y que necesitaban descargar sobre uno solo la responsabilidad, los resentimientos y lo odioso de la desgracia comun. Una gloria mal sonante, se unia en la idea de algunos de aquellos mariscales á una rudeza de lenguaje y una franqueza brusca de oposicion, que les daba la apariencia de una independencia varonil. Pero su complicidad en el 18 brumario, su complacencia con el Imperio, su afan durante diez años de satisfacer los caprichos de la tiranía, les quitaban el derecho de tan áspero patriotismo. Solo se murmura con dignidad de los excesos de un poder á quien se ha combatido. Los hombres de los campamentos de Napoleon, no pensaron en separar su causa de la suya, hasta

después de su decadencia. Era justo para él, inicuo para ellos. Cuando se ha seguido hasta en sus últimas faltas á un amo que cae, no queda mas que una verdadera escusa á sus compañeros de fortuna, y es la de caer con él.

XX.

El mariscal Oudinot, ese Bayardo de la República y del Imperio, adicto al emperador, pero mas adicto al ejército de que era el modelo, fué uno de los primeros que se pronunciaron contra la locura de un gefe, que no sabia enternecerse al ver las llagas de la patria, y que queria arrastrar los restos de su ambicion personal por entre las llamas y la sangre de la capital. Aquella explosion de un corazon en que el patriotismo ahogaba la fidelidad, hizo brotar de la boca y del corazon de los demas mariscales y de los gefes de los cuerpos, el descontento y la desesperacion de aquella situacion, manifestados mutuamente en voz baja, ya hacia largo tiempo. La conviccion de un pensamiento comun multiplicó los cargos, y aumentó la audacia de todos. Cesaron pues de disfrazar sus secretos sentimientos, y comenzaron á hablar de su propósito de desobecer, en voz bastante alta para que llegase á oidos del emperador, y para que la certeza de la resistencia que por primera vez iba á experimentar, evitase á sus tenientes el dolor de resistirle cara á cara.

XXI.

Durante aquella primera insurreccion, en los patios, jardines y salones del palacio, el emperador, encerrado con Caulaincourt, prorumpia en lamentos sobre su ruina,

en acusaciones contra el emperador de Rusia, en otro tiempo su amigo, y entonces su ejecutor, en imprecaciones contra Talleyrand y el Senado, y en desprecio, incredulidad é ironias contra los Borbones, dinastía pusilánime é incapaz, decia, de gobernar á aquel pueblo nuevo. Luego, recobrando su confianza y recordando á Caulaincourt los gritos del alma de su ejército que acababa de oír: «Mañana, le decia, marchó con sesenta mil hombres á las puertas de París: mis bravos veteranos me reconocen todavia, y no reconocen mas que á mí. El estampido de mi cañon despertará á París. Se levantará detrás de los rusos mientras yo los ataco de frente. La victoria es mia, y ella será mi juez. Si los franceses después de su libertad me juzgan todavia digno del trono, me le devolverán.» La noche trascurrió en estas ilusiones y conversaciones.

XXII.

Sin embargo, aunque el emperador aparentaba conservar sus ilusiones en presencia de Caulaincourt, tenia dudas que no queria disipar acerca de la obediencia de los generales que estaban á sus órdenes. Dudar de que le obedeciesen en aquel momento, era reconocer la rebelion. Reconocerla y no castigarla, era subordinarse al capricho de sus tenientes. Retrocedia ante aquel ruidoso escándalo: se lisonjeara de que la noche y la reflexion reducirian á aquellos generales á su deber. Delante del mismo Berthier, su gefe de estado mayor y su confidente, se abstuvo de manifestar la menor desconfianza en cuanto á la ejecucion de las órdenes que continuaba dictando. Durmió algunas horas, se vistió muy temprano, y se asomó al balcon para presenciar el movimiento que habia mandado á sus tropas. Pero sucediéndose las horas hasta el medio dia, sin que oyese en el campamento in-

mediato á Fontainebleau, mas ruido que el de los toques de cajas acostumbrados en un ejército en reposo. Por todas partes continuaban reinando el vacío, la inmovilidad y el silencio. Todavía no podía creer en la primera desobediencia que experimentaba por parte del ejército. No se atrevía á preguntar temeroso de tener que ceder ó castigar. Fingía creer y decía á Caulaincourt y á cuantos le rodeaban que los preparativos de marcha, los carruages, forrajes, y víveres para la manutencion del ejército, habían sin duda retardado hasta hora tan avanzada, el movimiento de las columnas hacia Essonne. A medio dia los destacamentos ordinarios de la guardia de palacio, maniobraron en el patio para la parada. La noticia de la abdicacion de Napoleon esparcida rápidamente durante la noche por sus mariscales, como para hacerle aquella intimacion indirecta del destino por medio de la voz pública, circuló por las filas y por el palacio. Aquellos rumores llegaron hasta Napoleon y le hicieron palidecer. Temia una interpelacion mas directa de los que en sus corazones apresuraban su caída. Las trágicas escenas del Bajo Imperio y del palacio de Paulo I le ocurrian á la imaginacion. Cedia interiormente á la necesidad, pero aparentó de nuevo el mando sin contradiccion y la confianza. Montó á caballo en medio de sus generales y pasó en silencio revista á los destacamentos. La tristeza, la duda y la compasion se notaban en los rostros de todos los soldados. En aquel momento, un ayudante de campo de Marmont, llegó de Essonne á escape: echó pie á tierra, entregó los pliegos, y divulgó entre los grupos que le rodeaban, la destitucion del emperador por el Senado. Aquella noticia pasó de boca en boca al oido de los mariscales, y á las silenciosas filas de los soldados. Irritó á unos, consternó á otros, regocijó á algunos, y ofreció al mayor número una puerta para la ingratitud y la infidelidad. La revista fué taciturna y concluyó sin los gritos acostumbrados. Era evidente para Napoleon que sus ór-

denes habían sido despreciadas, y que ya miraban hacia París titubeando entre el Senado y él. Echó pie á tierra pálido y pensativo al pie de la gran escalera interior, é hizo seña con la mano á los mariscales y generales, de que no queria ser acompañado hasta su habitacion. Sus tenientes se miraron, se animaron con la vista, y sin hacer caso de la seña, siguieron detrás de él como por su acostumbrado respeto: entraron en la antesala de su gabinete.

XXIII.

Dejemos por un momento esta escena todavía muda, y veamos lo que pasaba en el ejército de Marmont, vanguardia y flanco izquierdo del de Napoleon.

El Senado, como ya hemos dicho, se pronunciaba de hora en hora con mas audacia contra el Imperio. Beurnonville enviaba mensage sobre mensage á Marmont, para desprender al ejército de un gefe rechazado por la victoria y por la voz de la nacion. El Emperador por su parte, al dia siguiente de su llegada á Fontainebleau, fué á visitar á Marmont y las líneas de su ejército. En aquella visita llegaron á sus oidos los rumores de traicion, y las quejas sobre la prontitud de la capitulacion de París. Habia fingido no oir nada, y bien fuese completa confianza en una amistad de veinte años, y en la confraternidad de tantos campos de batalla, ó bien un hábil disimulo para mantener en la obediencia, cuerpos que una sola palabra podia enagenar, manifestó á Marmont su habitual semblante. Honró en él al valor desgraciado: distribuyó grados, elogios, y condecoraciones á los oficiales. Esta última entrevista del emperador y de su antiguo ayudante de campo, parecia haber adherido mas que nunca á Marmont á cumplir con su deber. El mismo emperador procuró disipar las irritadas palabras que